

Los abrazos amorosos del mundo

EL TIEMPO EN LOS BRAZOS.
CUADERNO DE NOTAS (1950-1983)

Tomás Segovia
Editorial Pre-Textos
Valencia, 2009

Tomás Segovia ha sido para la inmensa mayoría de los españoles un perfecto desconocido hasta finales del siglo pasado y, si me apuran, hasta la publicación de su antología poética en Círculo de Lectores, *En los ojos del día*, en 2003. Este desconocimiento no es explicable, ni justificable, si se tiene en cuenta la cantidad y calidad de su producción (más de treinta poemarios publicados, más de diez libros de ensayo, unos cuantos libros de narrativa y de teatro, y un número considera-

ble de traducciones, de entre las que habría que destacar las de Ungaretti, Nerval, Shakespeare, Lacan, Foucault y Derrida), todo lo cual le haría merecedor de ser reconocido como uno de *nuestros* grandes creadores actuales. Subrayo lo de “nuestro”. La España actual, y las Españas “vivíparas” que le han nacido, como la del pasado, no ha sido pródiga, hasta hace poco, en homenajes y reconocimientos a los que se tuvieron que ir del país, aún menos a los que se fueron muy jóvenes, como es su caso, e, incluso a los que se fueron por voluntad propia.

El que parte suele oír un dicho cruel y cínico: “El que se fue a Sevilla perdió su silla”, dicho que no deja de mostrar una profunda falta de generosidad y de modernidad en la “vividura”, si tal la hubiese, del desmemoriado y postmoderno hispano, motorizado, ruidoso, despreocupado e hipotecado hasta las cejas... Es cierto que

Segovia no las tuvo todas consigo. Cuando, en torno a finales de los setenta, llegó a España, se encontró con un círculo de intelectuales y escritores barceloneses en el que no se encontró del todo a gusto. No parece que le hicieran mucho caso. Él venía con un bagaje intelectual y artístico muy denso, nutrido y digerido pausadamente, fruto de un vivir en países libres, como México, Francia y Uruguay, mientras que no pocos de sus interlocutores ibéricos empezaban a descubrir tardíamente “Américas” literarias y filosóficas que troceaban y mezclaban a su guisa, en un contexto de desencanto y de pragmatismo generalizado. Si a esto añadimos su insobornable libertad y autonomía como creador, su carácter bien templado y su apego a lo artesanal del oficio del poeta, que le ha llevado a editarse a sí mismo durante bastantes años, llegamos a comprender el porqué de su casi nula celebridad.

Seguramente, esto de ser o no célebre es lo de menos, lo de más es ser reconocido en su justo valor. Queda mucho trabajo por hacer en este sentido. No olvidemos tampoco que en España, quizá más que en otros países europeos, la notoriedad se cifra en bastantes ocasiones en lo publicado en la prensa diaria, aun siendo más bajos los niveles de lectura con respecto a los países más desarrollados. Pues bien, Tomás Segovia, que hubiera podido

publicar, para que se me entienda, en periódicos pretéritos como *Liberación* o *El Independiente* –al contrario de lo ocurrido en México, en donde ha publicado en diarios izquierdistas como *La Jornada*– no encontró acomodo, por razones que no entran al caso (quizá, personales, de gusto por la continuidad en sus columnas ensayísticas, o tal vez, por no encajar del todo sus ideas en un país formateado por tres grandes periódicos), en la prensa diaria ni en los medios de comunicación de más impacto.

Esto es agua pasada –deberíamos pensar y decir– por lo que “nunca es tarde si la dicha es buena”... Falso, porque la dicha de saberlo “nuestro” y de leerlo es, en verdad, tardía, aunque vivamos ahora, como “siempre”, en el presente, pero es, en cualquier caso, una dicha bien real. Y toda dicha real hace olvidar, o por lo menos minusvalorar la tardanza de su venida. Quizá sea éste –ojalá– el momento de Tomás Segovia, el momento en que los nuevos retoños de españoles deban libar las flores del exilio republicano, tanto las de su primera como las de su segunda generación, para avizorar no sé si un futuro, en el que no creen demasiado, pero sí por lo menos una vida mejor.

Tomás Segovia –lo digo de entrada para que no haya equívocos– es, ante todo y sobre todo, un poeta de raza. Un poeta de raza sufre una verdadera

comezón cuando está varios días sin escribir poemas, cuando tiene que estar de la Ceca a la Meca, desperdigado, sin centrarse en lo que tiene que hacer, que es básicamente crear. Es él, además, un poeta de oficio, amante del rigor y de la prosodia, no por prurito académico desfasado, sino por honestidad intelectual y por amor a las cosas pequeñas de esta vida, que se revelan frecuentemente las más grandes. En estos tiempos serializados y digitalizados, la artesanía tiene mala prensa, cuando es hoy, más que nunca, algo que es preciso reivindicar en su sentido más noble y prístino. Artesanía en la creación y añadido, en el pensamiento, y también en toda actividad digna de ser reconocida como humana. Ser artesano es ser paciente y meticulado; es escuchar lo supuestamente insignificante y darle voz.

Los cuadernos de notas que nos ofrece ahora Tomás Segovia, y que promete ir publicando cada dos años, significan la posibilidad de entrar en el taller del poeta y de escuchar sus tentativas, dudas y esbozos, casi día a día, en un periodo extenso que va de 1950 a 1983, y del que tenemos, sobre todo, mucho material de los años cincuenta, algo menos de los sesenta y poco de los setenta y de los inicios de los ochenta, debido a la pérdida de dos cuadernos. Huérfano de madre muy tempranamente, el joven Tomás Segovia,

nacido en Valencia en 1927, se sentirá, ya antes de partir al exilio con su padre, en cierto sentido forastero respecto a su ciudad natal, a la que vuelve a finales de los 30, después de una larga estancia en Madrid. ¡Cuántos españoles se identificarían en este sentido con él, ni realmente de aquí ni de allá, apenas identificables y reconocibles por estas Españas, desenvueltas y libres, (por mucho que algunos lo nieguen), pero a menudo microcefálicas, de andar por casa! En 1936, con nueve años, es enviado a Casablanca y en el 39, a raíz de la derrota republicana, parte al exilio con su familia, instalándose en México.

Es allá donde, en un ambiente rodeado de españoles, dará sus primeros pasos como escritor, colaborando, por ejemplo, en la *Revista Mexicana de Literatura* (1958-1963). Los años 50 es una época de intenso trabajo para él, pero un tanto desperdigado pues imparte clases en el IFAL (Instituto Francés de América Latina), participa en cortos cinematográficos, da conferencias, escribe ensayos e intenta escribir poemas, que es en lo que se ve con mayor vocación. Frecuenta el local del Centro de Escritores de México D.F., prepara un largo ensayo, con el nombre evocador de la *Flauta de Marsias*, que no sabemos si lo metió en un cajón o lo reintegró en ensayos ulteriores de los setenta u ochenta y tiene su primera hija. Es un periodo —algo

de lo que tenemos testimonio en estos cuadernos— de esperanza, noción sobre la cual reflexiona agudamente. Dice de ella que es “creer en la exterioridad de lo real” (p. 141), y también “creer que el pasado tiene sentido” (p. 254). Se une de amistad con su coetáneo, Ramón Xirau, y, lo que es casi más importante, traba una relación duradera con el pintor y ensayista, Ramón Gaya, llena de admiración y afecto. En 1956, se marchará éste de México, para no volver más, recalando en Italia y luego en España. Quizá esta ausencia, que inicialmente dejará un tanto desamparado a Tomás, pudo ser un acicate para que también diese el paso, más tarde, de cruzar el charco. De hecho, al año siguiente visita Italia, en donde se encontrará con el pintor murciano y con María Zambrano.

En 1962, probablemente por una insatisfacción profunda respecto a su situación personal, pone rumbo a Montevideo, en donde se quedará dos años. Son años de profunda soledad durante los cuales inicia el proyecto de *Anagnórisis* y escribe, en este cuaderno de notas del que hablamos, deslumbrantes consideraciones sobre el amor, la orfandad y el exilio. Se instala, a continuación, en París, en donde tratará a personalidades como José Bergamín o Dionys Mascolo. Es un periodo de finalización de su gran poema *Anagnórisis* (termina su primera versión en septiembre de 1966), de mu-

chas lecturas (Breton, Mallarmé, Bataille, Foucault, Lévi-Strauss...) y de cautivantes y agudas observaciones, en su cuaderno, sobre la orfandad, la figura del nómada y la filiación del sentido. Visita Madrid y vuelve en los 70 a México, años fructíferos durante los cuales Tomás Segovia se integra en el cuerpo docente del “Colegio de México” y participa activamente, como secretario de la redacción, en la revista de Octavio Paz, *Plural* (1971-1977) y más tarde como colaborador en *Vuelta* (1977). Después de un momento de su vida especialmente difícil (1980-1981), al que lo llama el “Gran Descenso”, termina por vivir desde mediados de los años ochenta, de manera alterna y estacional, en España y México, hasta nuestros días.

Los cuadernos de notas de Tomás Segovia son unos diarios en un sentido peculiar. Ni memorialísticos, puesto que no dan casi ninguna información sobre los acontecimientos históricos vividos de cerca o de lejos por el autor, ni intimistas, pues, como dice en él en la solapa del libro, no hay un repertorio de actividades nimias de la vida cotidiana, ni tampoco propicio a los chismorreos, pues apenas habla de sus familias, de sus amigos, o de escritores a los que trató. Uno podría esperar, por ejemplo, que hablase de su relación con los exiliados, de los que apenas tenemos algunas menciones,

interesantes por lo demás, de Ramón Xirau y de Ramón Gaya, algunas veces envueltos en iniciales, el primero, o en su nombre de pila, el segundo. O podría esperar que hablase de Octavio Paz, en esos años previos a la aventura de *Plural* o, posteriores, al final de la revista. Poco nos dice de él ; nada de la revista. Sea dicho de paso: ¡Qué lástima y qué contrariedad que la correspondencia entre ambos autores haya sido editada recientemente sin las cartas de Segovia! ¡Esperemos que algún día se restablezca este sabrosísimo intercambio epistolar en su integridad!

Si los cuadernos de notas no son en cierto sentido diarios: ¿qué son? ¿Un cuaderno de esbozos? En buena medida, sí, dado que aparecen en ellos numerosos textos de cierta extensión y numerosas anotaciones breves que constituyeron y han constituido el germen de poemas y, sobre todo, de ensayos, ulteriormente publicados por el autor. Pero no siempre es así. Muchas ideas u observaciones se quedaron en el tintero y, sin embargo, pese a no estar suficientemente pulidas, merecen ser leídas por su fineza y su profundidad. Creo que en esta triple denegación, de la historia, de lo nimio y del entorno, se cifra parte del secreto de su planteamiento: una especie de intempestividad o de intemporalidad del decir poético y del meditar ensayístico-filosófico. Se tiene la impresión frecuentemente de que Tomás Segovia se

encuentra no del todo cómodo con que lo etiqueten antes como ensayista que como poeta. Ya en 1962 (p. 558) tiene el presentimiento, fruto en parte de su dispersión ocupacional, de que se le conocerá más por lo primero que por lo segundo.

En otro lugar, habla, refiriéndose a su propio cuaderno, de páginas frustradas por no haberse atrevido a “estilizarlas” (p. 745). Esto es muy curioso desde un punto de vista filosófico pues si en algo coinciden Ramón Gaya y Tomás Segovia es en concebir negativamente el ensayo, el primero como falta de creencia en el mundo, es decir, como escepticismo que roe la confianza “animal” del creador, y el segundo como falta de estilización respecto a la poesía, pero no se dan cuenta, a mi parecer, de que si llevan al ensayo a un grado máximo de finura y de irradiación poética (como diría Pedro Salinas) es porque guardando la estofa del impulso poético construyen un meditar *ideador*, a ras de ese decir poético. Y esta ideación, que no tiene la poesía, es lo positivo del ensayo. Esta es la razón de que, así como a Gaya se le puede considerar un pintor-ensayista a Segovia se le pueda ver como un poeta-ensayista.

Los cuadernos de notas nos muestran, por cierto, a uno de los poetas en lengua española más atentos a la filosofía que pueda haber habido en las últimas décadas.

Desde los años 50, lee a Camus y a Sartre (más afín con el primero, sobre el que escribe varios artículos, que con el segundo), se interesa por Bataille en 1965 (contra el cual se reafirma en su visión del erotismo como diálogo), lee también a Nietzsche y a Heidegger (de *El origen de la obra de arte* dice, en 1959, que es “magistral”, p. 494), siente mucha afinidad por las ideas de Merleau-Ponty, es uno de los primeros lectores de *El Hombre y lo Divino* (“magníficas páginas de Zambrano sobre el pitagorismo”, anota ya en 1955), y en fin, es uno de los primeros lectores y traductores del estructuralismo francés (desde 1966), del que se distancia por el olvido de lo real que lleva implícito la noción de estructura (p. 317). Esto no es óbice para que Segovia vaya construyendo y afinando su genealogía artística de maestros creadores, figuras tutelares en su formación como poeta: Ungaretti, Nerval, Pavese, Kleist, y tantos otros.

Habíamos dicho que el cuaderno de notas no es intimista. Tendríamos que matizar esta afirmación. Fijémosnos en el hermoso título del libro: *El tiempo en los brazos*. Procede, como el epígrafe lo atestigua, del último y conocido verso de la *Epístola moral a Fabio*, del autor castellano, de inicios del siglo XVII, Andrés Fernández de Andrada:

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los
lazos;
ven y sabrás al alto fin que aspiro
antes que el tiempo muera en
nuestros brazos.

El poema, cumbre de la poesía se-nequista y horaciana en lengua española, es un alegato en pro del retiro, del sosiego y de la serenidad interior, dejando a un lado la muchedumbre, la fama y las riquezas de la vida palaciega y cortesana. Todo esto conviene muy bien al talante de Segovia, frente al “olimpismo” y al papel de centralidad que quiso tener Paz.

Como han señalado de manera pertinente especialistas como Juan A. Sánchez, el poema de Fernández de Andrada es hondamente pagano en el sentido de que subraya esa especie de inmortalidad que tiene el hombre cuando abraza constantemente en el presente el tiempo. Si la nada, en un incierto momento, reemplaza al tiempo no es porque lo interrumpa sino porque lo consume. Todo el tiempo se da en la vida. Su dádiva es, paradójicamente, la incompletud del sentido, su invitación a recuperarla y a producirla.

Esta es la razón de que la esperanza, desde el estoicismo, tenga que ser rechazada pues nos invita a pensar que el tiempo, un tiempo más completo y dichoso, se dé en otro momento que

no sea el presente que nos acompaña. Pero, al mismo tiempo, y es el peculiar espinosismo de Tomás Segovia, y quizá el peculiar epicureismo de Séneca, puede haber una dicha, un júbilo esperanzado que es el gozo de hermanarse "siempre" con lo real en su destilación más fina: la belleza. De ahí esos "brazos amorosos del mundo" (p. 760) de los que habla él en sus cuadernos en donde se resume el talento, el valor, la vida y la obra de Tomás Segovia. ¿Pero no era él un profundo admirador del romanticismo? ¿No se cifra éste en la conocida dualidad cernudiana, siempre en tensión, del deseo y la

realidad? ¿Cómo podría ser estoico un postromántico?

No tenemos la osadía de pretender responder a estas preguntas en este momento, pero pensamos que estos interrogantes pueden acompañar la lectura de esta fascinante búsqueda interior del sentido, por el tormentoso siglo XX, búsqueda y lucha, con el deseo y lo real, unidos de la mano, siempre. Le agradecemos hondamente el que podamos compartir con él ese abrazo amoroso del mundo, pese a estos tiempos tan ingratos.

Ricardo Tejada